



# Álbum de Xochimilco

TEXTOS  
Jazmina Barrera

FOTOGRAFÍAS  
Armando Vega

Dirección  
**Pablo Montaña**

Coordinación del proyecto  
**Montserrat Ledezma, Miguel A. Torres Cruzaley**  
**Mariana Rodríguez**

Textos  
**Jazmina Barrera**

Fotografías  
**Armando Vega**

Ilustraciones  
**Javier Domínguez**

Diseño editorial  
**Itzel Galván**

Ciudades Territorio es un proyecto financiado  
por National Geographic Society.

Conexiones Climáticas agradece al equipo del Laboratorio  
de Restauración Ecológica de la UNAM por la disposición para colaborar  
en este proyecto. Agradecemos en especial al Dr. Luis Zambrano  
González por la revisión y aporte a los textos.

IMPRESO EN MÉXICO



Si quieres conocer más sobre  
Ciudades Territorio visita:




**Ciudades territorio** es un proyecto que amplifica la  
noción de las ciudades como territorios vivos, confron-  
ta directamente narrativas que sacrifican sustentos de  
vida en nombre del desarrollo inmobiliario, la especu-  
lación económica y los intereses políticos.

Creemos en las estrategias de articulación y comuni-  
cación para acompañar a quienes aman y defienden sus  
territorios urbanos. La ciudad no es una hoja en blan-  
co, es un entramado de sistemas de vida que resisten la  
violencia del capitalismo y la corrupción de aquellos dis-  
puestos a ponerle precio a lo impagable. La resistencia  
vive en la mente y corazón de quien sabe que otro mun-  
do es posible aquí en la tierra, en su tierra, que es tierra  
de muchos mundos.










Es una tarde de julio, quizás de agosto. Temporada de lluvias, en cualquier caso, porque el cráter del Tetlalmán está verde como sopa de chícharo. El Tetlalmán, el Tecualito, el Xaltepec, en esta foto tomada (quizás) desde las faldas del Teuhtli, los volcanes, antiguos y actuales dioses, son actores estelares. Fueron la lava, las rocas y las cenizas de esas bocas de la Tierra las que dieron forma al suelo de la infinita Ciudad de México. Son los volcanes también quienes absorberán cuando llueva (las nubes de la imagen pronostican lluvia) el agua, que se filtrará en sus bosques (los que sobreviven), escurrirá por sus laderas y brotará más tarde en los (poquísimos ya) ojos de agua.

Aunque escondida, el agua está presente en la imagen. El enorme lago de Xochimilco (tan grande y a la vez tan pequeño, junto al lago que fue alguna vez) pareciera un campo verde atravesado por caminos de árboles. Pero los caminos en verdad son de agua (los apantles y los acalotes), y los terrenos color verde claro son las chinampas, islas hechas por seres humanos, sembradíos milenarios que ofrecen sus alimentos a la insaciable Ciudad de México.

En esta imagen pareciera que la ciudad se termina donde empieza Xochimilco. Como si fueran cosas separadas, casi opuestas, pero el asunto no es tan sencillo. Xochimilco es agua y tierra. Es paisaje natural y paisaje intervenido.

Es pasado y es presente y es futuro (si nos dejan). Xochimilco es ciudad y es campo, es una criatura anfibia, así como sus axolotes, y no hay cómo pensar en la ciudad sin Xochimilco y viceversa. La metáfora se repite en libros, artículos y notas periodísticas: Xochimilco es el corazón, la sangre, el estómago o los pulmones de la gran urbe. Xochimilco, para la Ciudad de México, es un órgano vital.


Arriba de la franja de árboles aparece la mancha urbana (que suena a personaje de circo). Rodea los volcanes, se sigue de largo y se confunde, allá en el fondo, con la nata gris del smog que cubre la ciudad cada tanto (cada siempre). Vista así, a vuelo de pájaro, la mancha me recuerda a la plaga de pulgones que ahora mismo infesta las hojas del cissus frente a mi ventana. Igualito que los pulgones, los edificios se arremojan, van cubriendo toda la extensión, se instalan y chupan la savia de la planta hasta agotarla. Ahí en la foto es muy clara la presión que ejerce la mancha, que crece y crece y se desborda como leche hirviendo. Hasta es raro que no haya invadido a estas alturas la mitad de abajo de la foto: Xochimilco. No lo ha terminado de hacer, no lo ha logrado del todo, y eso es un pequeño milagro, y detrás de ese milagro hay pueblos, barrios, grupos y personas que no se han cansado de sembrar, que no se han cansado de luchar.









The background of the page is a stylized illustration of a lake. It features several green, irregularly shaped islands of varying sizes. Some islands are covered with small, dark green marks representing vegetation. Several small, simple boats are scattered across the light green water. Wavy lines represent the surface of the water. The overall style is hand-drawn and artistic.


**A**l principio lo que había era un lago. Un lago no muy salado, a buena temperatura, con un suelo de materia orgánica mezclada con cenizas volcánicas que lo hacían propicio para la agricultura. Los primeros habitantes fueron conociendo el terreno, el clima, los animales y las plantas. Experimentaron y descubrieron qué sembrar, cómo sembrar, y encontraron que era posible hacerlo dentro del lago. Para esto construyeron chinampas, unas como lasaños con capas de piedras, lodo y plantas, rodeadas y sostenidas por unos árboles espigados conocidos como ahuejotes. En estas pequeñas islas, siempre húmedas, era posible cosechar el año entero todo tipo de flores, granos, legumbres y hortalizas (dicen que en las chinampas lo único que no se da son las piedras).

Así fue que el lago se llenó de islas, en su mayoría rectangulares, separadas por canales, lagunas y manantiales en donde circulaban aves, peces, axolotes y plantas acuáticas. ¿Y qué pensaron esos seres de aquellas islas que hicieron los humanos? No lo sabemos, por supuesto, lo que sí sabemos es que la orilla del lago es en donde había más luz y por lo tanto más plantas y por lo tanto más animales, y que al construir las chinampas aumentaron las orillas y eso resultó ser favorable para el resto de los habitantes del lago. A su vez, esas fueron buenas noticias para los humanos de las chinampas, porque además de la cosecha del suelo, contaban con la cosecha del agua: peces, almejas, axolotes, todo eso se comía también (y sí, había tantos axolotes que era posible comerse unos cuantos). Tras siglos de convivencia, de diálogo, de entendimiento entre los chinamperos y su entorno, se logró en el lago una relación simbiótica.







A stylized illustration featuring several trees with dark, swirling trunks and branches. The base of the trees is filled with dense, green foliage represented by circular and spiral patterns. At the bottom of the page, there are wavy lines representing water. The overall style is artistic and hand-drawn.

Detrás de la belleza de las chinampas (en esta foto vemos el atardecer, la floresta invertida reflejada en los canales y el colorido de las flores) hay una lógica complejísima. Todo en las chinampas tiene un porqué. Los ahuejotes, por ejemplo, dan soporte a la chinampa y le dan sombra a los cultivos cuando el sol está muy fuerte. Pero como tienen esas ramas que se elevan hacia cielo (hay un mito que cuenta que los ahuejotes son dioses que están sosteniendo el cielo), dejan pasar suficiente luz para que crezcan las plantas. La altura sobre el nivel del agua, la orientación, el tamaño, todo en las chinampas tiene una razón de ser. Las chinampas son un sistema de siembra ejemplar, estudiado por científicos de todo el mundo, tan productivo que alimentó y permitió que creciera el tremendo impero de Tenochtitlán. Por algo han cambiado tan poco las técnicas chinamperas a lo largo de los siglos: en muchos sentidos, para Xochimilco, es un sistema ideal. Sin embargo, hoy en día sólo el 2% de las chinampas se cultivan con la chinampería tradicional. La chinampería como modo de vida está empezando a desaparecer.





Dicen que las chinampas se trabajan de lunes a lunes, de sol a sol, de granizo a helada, de lluvia a sequía. Desde la madrugada ahí están ya los chinamperos (y no hay que olvidarse de las chinamperas, que tuvieron siempre distintas funciones específicas en la siembra y que aunque son menos se dice que son cada día más), barbechando, sacando el lodo, deshierbando, enchapinando y cosechando. La chinampería es una labor (y una cultura, un conjunto de saberes, creencias y cuidados) más antigua que los cerros (así dice el dicho, pero no está de más aclarar que los cerros son más viejos), que se ha transformado poco, a pesar de que a su alrededor el mundo no ha dejado de cambiar. El oficio del chinampero ha resistido los embates del tiempo, el abandono, la invasión urbana, la contaminación y la corrupción. Pero sería una equivocación pensar que la chinampería es puro sacrificio. Si hay tantas personas que a contracorriente siguen queriendo cultivar en Xochimilco es porque su trabajo está lleno de satisfacciones. La primera, no cabe duda, es la de comer lo que uno cultiva, la de alimentar la tierra para que ella te alimente a ti. Pero también están la satisfacción de conservar viva la memoria y las costumbres de los antepasados, y la de estar en contacto y en conversación permanente con animales, plantas, agua, sol y lluvia, en un oasis lejos del mundanal escándalo de la ciudad. Los chinamperos conocen los privilegios que hacen que una labor tan ardua valga la pena de verdad.

Si su oficio sobrevive hasta ahora se debe a esa voluntad, pero también a que en Xochimilco, desde siempre, las personas se reúnen y se coordinan. Se juntan y se organizan para adorar y cuidar al Niñopa (un niño dios que es venerado por buena parte de Xochimilco), para hacerle fiestas a la virgen, para tapar hoyos en las calles, para protestar y exigir las condiciones mínimas necesarias para trabajar, para vivir y para decidir sobre su territorio.







La chinampería es, entre otras cosas, un conjunto de técnicas agrícolas, una de ellas y quizás la más particular sea el uso de los chapines. Con el zoquimatl (un palo largo con un gran cuero en la punta) se saca lodo del fondo del lago. El lodo líquido como mole negro se limpia, se esparce y se deja secar, y cuando está listo (ya sólido pero todavía húmedo) se parte en pequeños cubos y en cada uno de ellos se ponen una o varias semillas. Estos cubitos se cubren hasta que brota la planta y está fuerte para trasladarse a los surcos. Los chapines vendrían siendo una pequeña guardería de plantas, que las protege mientras que son frágiles y susceptibles a que se las coman los pájaros o las destruyan la lluvia o las heladas o el pisotón de algún distraído. Pero además es una forma de ahorrar espacio y tiempo, porque mientras las plantas adultas están en la etapa de la cosecha, las jóvenes están aparte, en un espacio compacto, creciendo y haciéndose fuertes.

¿Cuántos ensayos y errores, cuántas generaciones de familias enteras fueron perfeccionando esta técnica y todas las demás que miles de años después siguen dando y dando frutos? Es un conocimiento acumulado incalculable, un conjunto de saberes vivos. Digo vivos, porque los chinamperos siguen buscando maneras de adaptarse a las circunstancias a su alrededor, pero sabiendo aquilatar ese tesoro que heredaron.







Cuentan que antes todo en Xochimilco eran milpas. Existen maíces locales (el maíz chinampero, por ejemplo), adaptados específicamente al tipo de suelo y clima de Xochimilco (dicen también que es uno de los maíces más ricos que ha habido en México), pero cada vez se siembran menos. Cada día hay menos milpas y en cambio hay más invernaderos y más cultivos extensos de hortalizas y flores de temporada.

La milpa es un policultivo, es decir que es un conjunto de plantas (frijol, calabaza y maíz, las principales) que al sembrarse juntas se ayudan. El frijol trepa por el tallo del maíz y fija el nitrógeno en el suelo, la calabaza con sus hojas anchas evita que crezcan debajo otras hierbas y da sombra para mantener la humedad de la tierra. La cosecha de la milpa hace una dieta nutritiva, balanceada (el maíz da energía, el frijol da proteínas y la calabaza, vitaminas), y sobre todo sabrosa, que fue la base de la alimentación prehispánica (nuestros antepasados no tenían los problemones de infartos y diabetes que ahora tenemos).

Los chinamperos saben que es bueno sembrar flores en la milpa para atraer insectos y que polinicen los cultivos. Saben también que ciertas plantas distraen a las plagas para que no se coman los frutos. Distinguen entre las plantas que crecen hacia arriba y las que se ensanchan hacia los lados y las mezclan para hacer más eficiente el uso del espacio en la milpa. Conocen qué plantas compiten por los nutrientes del suelo y qué combinaciones van mejor según cada época del año.

De un tiempo para acá, sin embargo, se han esparcido las *fake news* de que resulta mejor sembrar mucho sólo de una misma cosa. Que conviene más vender de a 20 kilos de espinaca que un poquito de esto y de lo otro. Lo que pasa en los monocultivos es que el equilibrio que se lograba con las distintas mezclas de plantas se va al traste. Los monocultivos se llenan de plagas, la tierra pierde su fertilidad y varios listillos se aprovechan para vender cierto tipo de pesticidas y fertilizantes que hacen más cara la siembra, contaminan el agua de los canales, matan animales importantes para el ecosistema (y para la siembra misma) y en resumen echan todo a perder.







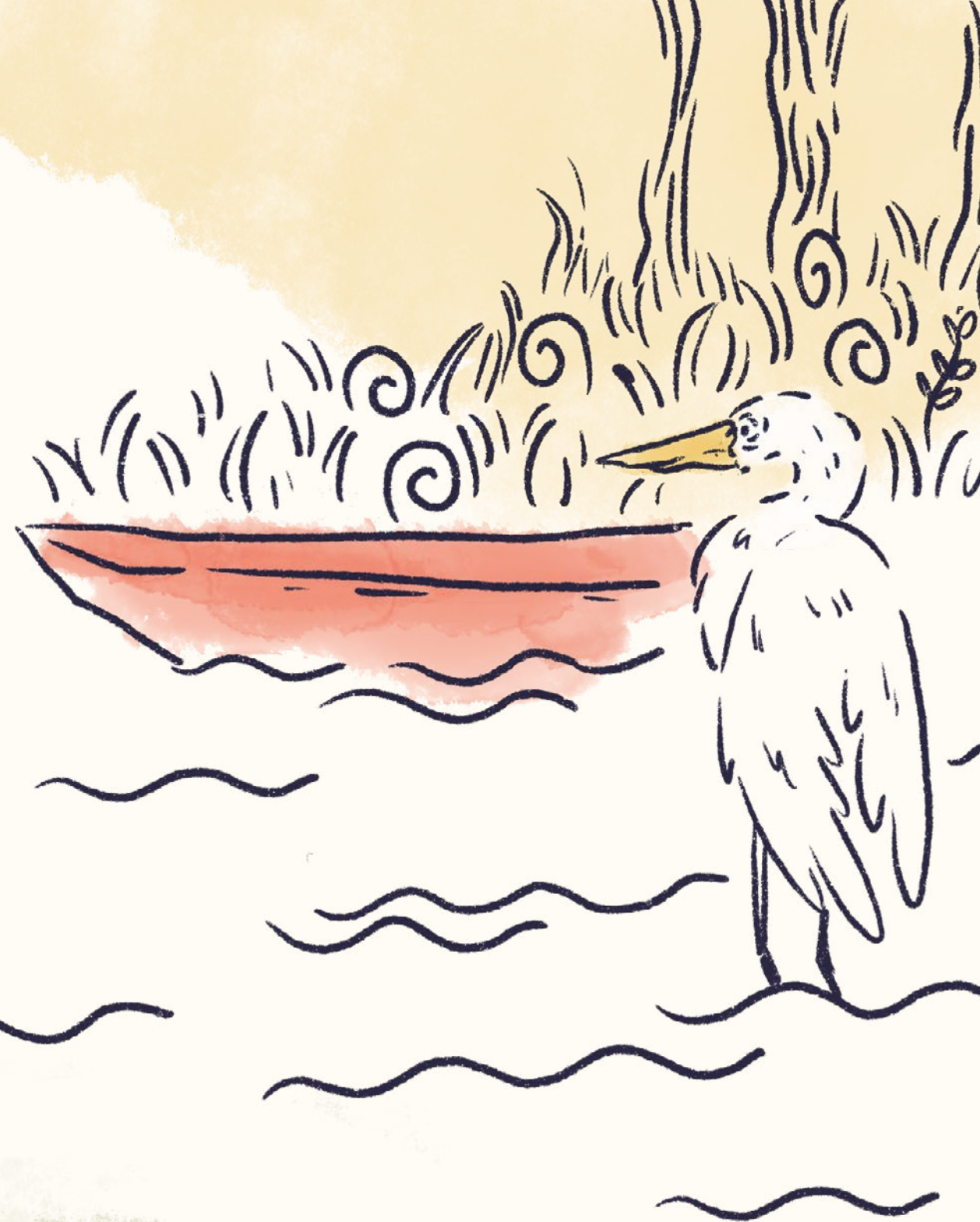
A toles, chilmoles, memelas, chilatoles, caldos, sopas, tamales, barba-coas, elotlaxcalis. Hasta pareciera que se pueden saborear los nombres de estos platillos de los pueblos agrícolas del sur de la Ciudad de México. Son guisos saludables y deliciosos, en donde se une la herencia me-soamericana (basada en el maíz) con ingredientes que llegaron de España (la espinaca, los rábanos, la coliflor, la carne de res y muchos más). En esta gastronomía compleja se combinan ingredientes de los bosques (como los hongos silvestres), de las terrazas agrícolas (como el nopal, por ejemplo), de la cosecha del agua (se hacen tamales en donde en vez de masa se usa pescado) y de la milpa (quelites, chiles chicuarotes, tomates y muchos otros). Son principalmente las mujeres, madres, abuelas, cocineras y agricultoras, las que han preservado esas artes que aprendieron en el tlecuil (que así es como se le dice al fogón). Muchos de los ingredientes que antes usaban ahora son escasos, como las almejas o los charales o los mismos axolotes. Pero todavía viven varias fantásticas tlacualeras, dispuestas a compartir de sus recetas y sus guisos. La mayoría de los chilangos somos una vergüenza, no hemos probado ni la mitad de la lista de platillos con la que abre este párrafo. De lo que nos estamos perdiendo.







**A**l centro de esta fotografía hay una chinampa transformada en cancha de fútbol. Si tomamos hoy una lancha por Cuemanco y nos perdemos en los canales, veremos cada vez más de esas canchas, y también veremos más casas, axolotarios, spas, antros, lugares para campamentos y otros emprendimientos turísticos construidos sobre las chinampas. Es difícil culpar a los chinamperos de promover estos negocios cuando se ha hecho tan difícil sembrar. Si los canales están secos, cegados o contaminados, si resulta imposible sobrevivir con la venta de las verduras, y en cambio los turistas pagan bien por vivir sus aventuras (“experiencias”, parece que las llaman), ¿qué se le va a hacer? Tampoco parece tan grave de entrada, unas retas con los cuates por aquí, un masaje relajante por allá, qué lata ponerse a juzgar lo que hace la gente para ganarse la vida. Y sin embargo, toca decirlo: la vocación de las chinampas es, tendría y tiene que ser la siembra. Primero, porque la prioridad es que sobreviva la agricultura chinampera, con todas las bondades que tiene para el suelo, para el agua, para los habitantes de Xochimilco (animales, plantas y hongos incluidos) y de la Ciudad de México. Y luego, para evitar que los canales se llenen de drenajes, de otros químicos (el pasto de las canchas necesita que le echen su buena cantidad de pesticidas y fertilizantes), de basura y de ruidos (los humanos solemos ser sinónimo de alboroto) que espantan a las aves y angustia a los axolotes (hay varios estudios que lo comprueban). No basta con prohibir que se construyan casas o se metan drenajes (prohibido está y caso que le hacen), hay que hacer cambios importantes y estimular el trabajo de los chinamperos para que siga siendo posible y viable sembrar en las chinampas y vivir de eso.








Las abuelas de Xochimilco cuentan que cuando eran niñas en sus barrios había manantiales donde iban a llenar sus cántaros y a lavar la ropa. En las chinampas había también ojos de agua, donde las leyendas dicen que jugaban los tlaloques, el diablo, los espíritus, una sirena o un toro sobrenatural.

Muchos canales de Xochimilco conservan todavía sus nombres en náhuatl, y varios de ellos nos hablan de la importancia del agua en la cultura Xochimilca. Por ejemplo, Almoloya significa “donde hay manantiales”, Apanpilco significa “en el agua limpia y transparente”, y Atlicpac significa “dentro o en el interior del agua negra”.

Desde el cielo, los canales parecen una telaraña, una red pesquera, un laberinto de aguas oscuras. Son las venas por las que circula el líquido que le da vida a las chinampas, son los caminos por los que andan los peces, las garzas, los turistas y los chinamperos con sus cosechas. Porfirio Díaz fue el primero en tomar la decisión de llevarse el agua de Xochimilco. Armó un enorme acueducto para entubar y transportar esa agua fresca hasta las casas adineradas de la colonia Condesa, y a pesar de la Revolución, sus planes se llevaron a cabo. Pero ni siquiera eso fue suficiente para aplacar la sed de la enorme Ciudad de México. Cuando ya los canales estaban medio secos, empezaron a extraer el agua del subsuelo en Xochimilco, creando desniveles y huecos y haciendo que los edificios de los pueblos y barrios sean vulnerables en los terremotos (acordémonos de cómo le fue a Xochimilco en el terremoto de 1917). Cuando los ojos de agua estaban ya todos tuertos y los canales ya casi secos, se decidió volver a llenar a estos últimos con aguas tratadas del Cerro de la estrella, que nunca tienen ni tendrán la pureza de los manantiales. Ahora el nivel del agua es disparado y muchas veces es insuficiente. Más de la mitad de los canales están secos o bloqueados o los han rellenado para hacer senderos de tierra. El agua suele estar contaminada con fertilizantes, drenajes o pesticidas, y todo esto hace difícil la vida de muchas plantas y animales, hace difícil navegar, sembrar, y ya ni hablar de beber esa agua opaca de burbujas sospechosas. Los habitantes de Xochimilco a cada rato tienen problemas de falta de agua en sus casas. A veces llega sólo ciertos días, a veces sólo a ciertas horas y hay días en que no llega para nada. Es uno de los muchos agravios de los que somos responsables los habitantes de la Ciudad de México, una más de las injusticias que no podemos ignorar.







No cabe duda que la celebridad más grande de Xochimilco es el axolote. Pero en el ecosistema de los humedales vive una enorme cantidad de especies locales y endémicas con las que los axolotes conviven, especies de plantas y de animales que son parte de los requisitos para que los axolotes puedan vivir. Sin ser tan llamativas como el anfibio (aunque algunas, como por ejemplo, el camaleón de montaña, que vive en los volcanes de Xochimilco y que llora sangre, me parecen a mí bastante llamativas), estas especies son igualmente importantes para el hábitat donde viven, y son igual de fascinantes, aunque acaso más humildes. Podríamos nombrar cientos de ejemplos, como el perro de agua de la foto, que así le dicen a esa pequeña garza. Cuentan los chinamperos que puede estarse quieta por horas, que es la centinela de los canales. O el chichicastle, una planta acuática diminuta como puntitos verde limón que brillan y flotan sobre el agua oscura. O la rana de Moctezuma, una rana endémica, verde con manchas cafés que está en peligro de extinción. O los acociles, unos crustáceos que parecieran camarones pequeñísimos, el alimento de los axolotes, también al borde de la extinción.

Algunas especies ya las perdimos, como esas almejas endémicas que los niños solían agarrar en los canales con los dedos de los pies y que eran, según dicen, un platillo delicioso.


Pareciera que los habitantes de la colonia Narvarte o de la Del Valle o de la Portales están muy lejos de los problemas de los acociles en Xochimilco, pero desde los ahuejotes hasta las libélulas tienen su lugar y su función en ese humedal que regula la temperatura de la ciudad, le brinda oxígeno y agua y paseos en familia los domingos.











A demás de los animales que habitan el año entero en los canales, Xochimilco recibe cada año a muchísimas aves que son sus huéspedes temporales. Vienen del norte del país, de Canadá o de Estados Unidos, y parecidas a los turistas, les gusta venir en invierno, para escaparse de los fríos de esas tierras. Pelicano, ibis, martín pescador, gavilán pescador, halcón peregrino y muchas especies más se resguardan en el clima templado, la luz, la sombra, el agua, los peces y los insectos del humedal. Los más vistosos son los pelicanos, esas aves tan coordinadas que se pasean en pequeños grupos y meten el pico al agua al mismo tiempo a ver si les cae algún pescado en el buche. Aves enormes que surcan los canales como pequeños veleros, y que se ordenan en el cielo dibujando figuras y letras.

Dicen que cada año llegan nuevas especies de aves a Xochimilco. Será quizás porque han destruido los lugares a los que antes llegaban o porque se ha corrido la voz de que Xochimilco es como un gran hotel todo incluido para aves, lo cierto es que el humedal de Xochimilco es hoy día un refugio para todo tipo de viajeros alados.











Míralo nomás al axolote, ese monstruo pequeño, amable, sonriente, el dios Xolotl del mito prehispánico, el protagonista de un sinnúmero de leyendas, estudios científicos, cuentos, gorras, playeras y peluches. ¿Cómo no fascinarse con el axolote, con sus branquias que parecen penacho, picos de piñata, anémonas marinas? ¿Cómo no maravillarse de que si le cortas una pata le vuelve a salir en un ratito? ¿O de que es una salamandra que decidió quedarse para siempre niña? (Llaman neotenia a ese proceso mediante el cual ciertos organismos se mantienen en su estado juvenil.)

El axolote se ha ganado el aprecio y la atención de millones de personas alrededor del mundo y con toda razón. El problema es que esa atención a veces se queda en el bicho y no llega hasta el espacio que habita ni hasta las personas que hacen posible que ese lugar exista.





Imagínate que una misión espacial te lleva de viaje a Marte y te deja en el planeta rojo con provisiones suficientes de comida para vivir durante varios años. Imagínate que ves a través del vidrio de tu casco, que habitas un mundo sin plantas ni lluvia ni mar ni lagos ni cielo (azul, tengo entendido que el cielo en Marte es rojo) ni casas ni libros ni teatros ni pasteles ni café ni tortillas ni almohadas ni bicicletas. Un mundo sin el ruido de los pájaros, sin abejas y sin cempasúchil, sin tu tía y sin tu novio, sin tu perro y sin tu gato, sin la escuela en la que estudias, sin el trabajo que haces, sin chistes y sin canciones. ¿Qué clase de vida sería esa? ¿Qué clase de persona serías? ¿Serías todavía una persona lejos de todo lo que te hace humano? Como decía mi abuelita: más valía mejor morir.

Los axolotes viven hoy en cientos de laboratorios alrededor del mundo. Los conservan ahí, en zoológicos o en acuarios para poder estudiarlos, admirarlos o protegerlos de la extinción que los amenaza. ¿Pero qué clase de vida lleva un axolote en una pecera? ¿Qué clase de axolote es ese? Un axolote en una pecera, lejos de los ahuejotes, los acociles, las algas y el graznido de las garzas, lejos de las aguas frías y oscuras de Xochimilco, ¿sigue siendo un axolote? No, los axolotes no pueden ser axolotes plenos fuera de los canales de Xochimilco. Y los canales de Xochimilco no pueden seguir siendo su hogar si no ayudamos a las personas que les dan vida todos los días. Hoy la contaminación del agua, las tilapias (una especie invasora que se comen sus huevos), la destrucción de los canales y otros varios infortunios están haciendo imposible que los axolotes vivan en su ecosistema. Pero hay esperanza de que regresen, y esa esperanza, el interés y el apoyo deben estar puestos en los chinamperos. Porque sin chinamperos no hay chinampas y sin chinampas no hay Xochimilco y sin Xochimilco no hay axolotes. Su vida no tiene sentido.







Xochimilco no existen dos. Es un pedazo de historia viva, una fuente de alimento, de paisajes y de tradiciones único en el mundo entero. Xochimilco ha sobrevivido a todo tipo de calamidades, pero no va a resistir mucho más si no se hace algo con urgencia. Si no se hacen un montón de cosas con urgencia, en realidad. Y es responsabilidad de todos en esta Ciudad de México (funcionarios, turistas, científicos, visitantes de fin de semana, fanáticos de los axolotes, los que abrimos cada día la llave y bebemos de sus manantiales) cuidarlo y asegurarnos de que existan las condiciones para que los chinamperos puedan salvarlo, y que Xochimilco siga siendo ese pequeño milagro al sur de la Ciudad de México.





Si quieres involucrarte en la protección de Xochimilco puedes hacer una donación a los siguientes proyectos:

[AdoptaXolotl](#)

[Laboratorio de Restauración Ecológica](#)

Puedes también comprar productos directamente a los chinamperos aquí:

[Etiqueta Chinampera](#)

**Si visitas Xochimilco, elige proyectos de turismo respetuoso y que gestionen organizaciones locales. En lo posible, evita el ruido, la basura y las lanchas de motor.**

La mayoría de los datos que aquí aparecen provienen de los siguientes libros. Búscalos para saber más de Xochimilco:

- *Mitos y leyendas de Xochimilco*, de Rodolfo Cordero López, publicado por Ediciones Leyenda.
- *Xochimilco de la A a la Z*, de Araceli Peralta, publicado por la Secretaría de Cultura.
- *Xochimilco en el siglo XXI*, de Luis Zambrano y Rubén Rojas, editorial Turner.
- El número 184 de la revista *Arqueología mexicana*, "Las chinampas de la cuenca de México".
- El número 20 de la revista *Artes de México*, dedicado a Xochimilco.

